

IMPACTO SOBRE LA FECUNDIDAD DE LOS CAMBIOS EN LOS SISTEMAS DE GÉNERO

Maria Eugenia Zavala de Cosío

Desde la Conferencia del Cairo, en 1994, sobre Población y Desarrollo (ICPD), el *empoderamiento* de las mujeres ha sido un tema ampliamente debatido. También se ha puesto énfasis en que tal *empoderamiento* se tome en cuenta en los programas sociales y servicios a la población, lo que ha tenido mucho impacto en los programas de planificación familiar, en los servicios de salud reproductiva y en las políticas de población de los países latinoamericanos.

En este texto, nos planteamos las siguientes preguntas: ¿cómo se observa el *empoderamiento* de las mujeres? ¿cuáles son sus relaciones con la fecundidad? y finalmente ¿se pueden observar esas relaciones con los datos de los que disponemos?

SISTEMAS DE GÉNERO, UN MARCO ANALÍTICO

Los países de América latina y del Caribe han experimentado ultimamente cambios fundamentales en el campo de su organización económica, de sus sistemas políticos, de su

desarrollo regional, de su composición social, de sus instituciones, de su demografía y de sus referencias culturales. En el umbral del siglo XXI, todos los países han visto reducirse fuertemente su mortalidad, fecundidad y crecimiento natural, aumentar las migraciones internas e internacionales, con consecuencias importantes en las familias, paralelamente a la escolarización masiva de niñas y niños, y a la presencia creciente de las mujeres en el mercado de trabajo.

En este contexto, las relaciones sociales de sexo han presentado transformaciones, ya que las reivindicaciones de los grupos feministas en vistas de combatir las desigualdades de género han llevado, por ejemplo, a modificaciones legales (Marques-Pereira, 2002), a movimientos y organizaciones populares, y a la consideración teórica y práctica del tema de los derechos reproductivos y sexuales como parte de los servicios de salud reproductiva. A pesar de estos cambios, una clara división basada en roles de género persiste tanto en el campo de la familia, del trabajo doméstico como del empleo formal e informal y de la participación social a la vida pública

en general. El poder masculino sigue ejerciéndose al interior y exterior de los hogares y la violencia doméstica es un revelador de muchas tensiones.

Para observar los efectos de las transformaciones en los sistemas de género en América latina y el Caribe, y sus relaciones con la fecundidad, es necesario observar *las variables intermedias de la fecundidad con una perspectiva de género*. A continuación, describiremos el marco analítico que usamos y los resultados empíricos sobre los cuales podemos basar algunas observaciones concretas.

Utilizamos el concepto de género entendido como un sistema de signos y símbolos, representaciones, normas, valores y prácticas que transforma las diferencias sexuales entre los seres humanos en desiguales sociales, organizando las relaciones entre los hombres y las mujeres de manera jerárquica, valorando a lo masculino como superior a lo femenino. Como una construcción sociocultural y histórica incluye tanto aspectos objetivos como subjetivos que preceden a los individuos pero que ellos a la vez recrean continuamente en su quehacer cotidiano.¹

En el esquema analítico que proponemos se destacan varios niveles de análisis:

- *a nivel macrosocial*: el contexto social incluye dimensiones económicas, sociales, demográficas, políticas, institucionales y culturales. Los cambios estructurales en los modelos económicos y en los mercados de trabajo han tenido repercusiones directas sobre el empleo masculino y femenino, llevando a la vulnerabilidad, informalidad y precarización del trabajo, al aumento del empleo de las mujeres y de los jóvenes, modificando los roles masculinos de los jefes de familia como únicos proveedores de recursos económicos del hogar. El aumento de la escolaridad femenina ha tenido igualmente un impacto fuerte y complejo para explicar el empleo

de las mujeres.² Los cambios culturales han dado lugar a la emergencia de nuevos roles femeninos y masculinos, pero persisten modelos tradicionales de división sexual del trabajo y de tensiones entre los valores normativos. De ahí la relevancia de analizar, como parte esencial de los sistemas de género, los comportamientos y las representaciones en cuanto a la familia, a los roles económicos y al ejercicio del poder de los hombres y de las mujeres a nivel individual y familiar, sin olvidar un aspecto esencial, la pertenencia social, que incluye además del sexo, edad y generación, la clase social, la raza, la religión, etc.

- *los cambios demográficos*: la fecundidad controlada en las ciudades latinoamericanas y el uso masivo de anticonceptivos han transformado los cursos de vidas femeninos, masculinos y familiares (Tuirán, 2002), aunque la crianza de los hijos y el control de los nacimientos siguen siendo mayoritariamente una responsabilidad femenina. También destaca el aumento de los embarazos precoces no-deseados entre las muchachas adolescentes, bajo la influencia de la desigualdad de poder entre los jóvenes hombres y mujeres que se manifiesta desde el inicio de la vida sexual.³
- *los cambios institucionales* llevan a continuidades y rupturas: si bien el acceso a la planificación familiar se ha desarrollado fuertemente en América latina y el Caribe, hay un claro retiro del papel del Estado en la protección social, dejando cada vez más a las familias la responsabilidad de la protección de sus miembros más vulnerables (niños, ancianos, enfermos), lo que se vuelve una responsabilidad claramente femenina (de Oliveira, 2000). Los programas de

² Los resultados de la encuesta EDER mexicana de 1998 muestran los cambios pero también la fuerza de los modelos familiares tradicionales, por ejemplo con la salida masiva de la mujer del mercado de trabajo después de una unión y del nacimiento del primer hijo (Ariza; de Oliveira, 2003).

³ Estos resultados se pueden leer en el trabajo de Cicely Marston, tesis de doctorado dirigida por Fátima Juárez, *London School of Medicine and Tropical Hygiene*.

¹ Definición escrita por Orlandina de Oliveira, en base a trabajos de Lamas, Scott, de Barbieri por ejemplo.

lucha contra la pobreza modifican poco la distribución de roles en los grupos domésticos a pesar de que algunos programas, como PROGRESA, le dan directamente el subsidio a las mujeres.

Esta breve reseña retoma lo que se ha observado en algunos trabajos sobre el tema y muestra las evoluciones y permanencias en los sistemas de género en América Latina a nivel familiar. Pero falta mucho por observar: antes que nada por falta de datos, tarea que se construye poco a poco,⁴ pero también a falta de preguntas claras que analizar (Villarreal; du Guerny, 1999). En los párrafos siguientes, analizaremos algunos resultados a este respecto.

LA FECUNDIDAD CON UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO⁵

En 1997, Karen Mason escribió un trabajo que puntualizaba lo que se sabía hasta entonces sobre el tema de género y fecundidad (Mason, 1997). En el mismo año, Harriet Presser subrayó la ausencia de análisis con una perspectiva de género en la gran mayoría de los estudios demográficos y la importancia de esta perspectiva para explicar mejor los patrones reproductivos que interrelacionan, por definición, a los hombres y a las mujeres (Presser, 1997). Hasta entonces se analizaba la fecundidad como un comportamiento exclusivamente femenino.⁶

Un estudio piloto fué el de Karen Mason, quién encabezó un proyecto de la fundación Rockefeller de cinco encuestas en Asia (Mason *et al.*, 1995). En estas encuestas, se volvió operacional

el concepto de *empoderamiento* de las mujeres. Se escogieron muestras en contextos diferentes culturales y religiosos, en cinco países: India, Pakistan, Malasia, Filipinas y Tailandia. Se incluyeron preguntas acerca de cinco dimensiones: la participación al proceso de la toma de decisiones, la libertad de movimiento, la violencia masculina, el acceso a los recursos económicos y el control sobre los recursos económicos.⁷ Este estudio ha servido de modelo para otras encuestas de por el mundo⁸ pero Karen Mason ha publicado recientemente un artículo que cuestiona sus propios resultados en cuanto a las relaciones entre el concepto de *empoderamiento*, definido en las cinco encuestas asiáticas, y la fecundidad (Mason; Smith, 2000). A mi modo de ver, el problema viene sobre todo del indicador usado para medir la fecundidad (“no querer más hijos”), ya que usar un solo indicador no es suficiente, como lo veremos más adelante.

De hecho, el concepto de *empoderamiento* es multidimensional y Paulina Makinwa lo muestra claramente en un trabajo sobre Nigeria al analizar algunos indicadores de la “autonomía femenina”. Muestra que poder expresar su opinión es un indicador muy importante de la autoridad femenina y que tiene una fuerte relación con el uso de métodos anticonceptivos (Kritz; Makinwa-Adebusoye, 2001). Este trabajo recomienda el uso de varios indicadores para definir el concepto de autoridad femenina y muestra la menor importancia del poder de decisión económico en el hogar por parte de las mujeres en relación al uso de la anticoncepción.

En un análisis sobre algunos países de Africa del Oeste, Armelle Andro y Véronique Hertrich

⁴ Existen nuevas encuestas en México, como la DINAF por ejemplo, organizada por Brigida García y Orlandina de Oliveira de El Colegio de México.

⁵ En esta sección presento de manera resumida un trabajo que preparé para un seminario organizado por la División de Población de las Naciones Unidas sobre las tendencias de la fecundidad en los países con niveles intermedios (Cosío-Zavala, 2002).

⁶ Las encuestas de fecundidad, KAP, Mundial de fecundidad o DHS, hasta hace poco consideraban solamente a las mujeres de edades reproductivas. Estas muestras han cambiado recientemente, incluyendo sub-muestras de varones (DHS africanas o centroamericanas por ejemplo).

⁷ Las tres dimensiones incluyen diferentes preguntas para conformar indicadores compuestos (Mason *et al.*, 1995).

⁸ Se han hecho encuestas con las cinco dimensiones del concepto de empoderamiento en varios contextos, encuestas grandes o pequeñas. Cabe señalar la encuesta en la India de Zeba Sathar, Christine Callum and Shireen Jejeebhoy, donde exploran a la vez los indicadores de autonomía de la mujer, la religión en diferentes regiones (Sathar; Callum; Jejeebhoy, 2000). Este estudio va mucho más lejos que otros al mostrar la importancia de *diferentes sistemas de género* a nivel macrosocial y explica la relativa variación de los resultados individuales.

observan, en base a encuestas DHS, que existen dos modelos de pautas reproductivas. Un primer modelo tradicional, de alta fecundidad, sin discusión entre los cónyuges, donde la mujer no tiene ni voz ni voto, y se encuentra en una posición completamente dominada por los hombres de su familia (cónyuge, padre, hermanos, tíos, etc.). Un segundo modelo en transición se puede observar entre los hombres jóvenes, mejor informados, los cuales discuten más con su pareja acerca del número de hijos y del uso de métodos anticonceptivos. En este caso, el factor trascendente es la opinión favorable por parte del hombre acerca del control de los nacimientos y el acuerdo sobre este tema entre los cónyuges (Andro; Hertrich, 2001).

Ha surgido entonces la necesidad de considerar el papel de los varones en el campo de la reproducción, desde el tema de los comportamientos sexuales hasta el uso de anticonceptivos, analizando el proceso de decisiones acerca del número de hijos, el trabajo doméstico, el cuidado de los hijos, la salud reproductiva. Sin embargo, sigue observándose en América latina una gran desigualdad en el desempeño de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos entre los hombres y las mujeres, lo que influye indirectamente sobre la fecundidad. También permanecen desigualdades en el poder de decisión de ambos cónyuges, aún en las clases medias, urbanas, educadas en donde las esposas suelen pedir permiso al esposo para todas sus actividades y decisiones. A pesar de la participación femenina cada vez más intensa en el mercado de trabajo, el papel masculino de proveedor económico principal del hogar sigue teniendo un alto valor simbólico, tanto en los hombres como en las mujeres, asociado a la idea de protección, de representación de la familia, de responsabilidad y de masculinidad (García; Oliveira, 2001).

Sin embargo, la fecundidad ha bajado rápidamente en América latina y hay que entender el papel que cumplen las transformaciones en las relaciones sociales de género en este proceso. Este papel se observa en varias dimensiones: en los cambios en el sistema de género que rige cada

sociedad, en el estatus de la mujer y en los roles de hombres y mujeres en relación con la reproducción.

LAS VARIABLES INTERMEDIAS DE LA FECUNDIDAD EN UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Para analizar las tendencias de la fecundidad, Judith Blake y Kingsley Davis propusieron en 1956 el esquema de las variables intermedias de la fecundidad, a su vez simplificado por el modelo de Bongaarts, con el cual se comprobó que la mayor parte de las diferencias de fecundidad se explicaban solamente con cuatro variables intermedias: nupcialidad, infecundidad *post-partum*, aborto, anticoncepción. Este esquema analítico ha llevado a una multiplicación de resultados de investigaciones sobre la fecundidad y también a la organización de las encuestas mundiales de fecundidad y de las encuestas DHS, gracias a las cuales se conocen ahora bien las evoluciones y tendencias de la fecundidad en la mayoría de los países del mundo.

Sin embargo, es necesario completar el esquema de las variables intermedias de la fecundidad con una perspectiva de género en cada uno de los indicadores, con lo cual se alcanza un mayor grado explicativo:

- *La nupcialidad.* Se considera el nivel de autonomía o poder y (o) de desigualdad entre hombres y mujeres sobre el proceso de entrada en uniones y de disolución de éstas. Un primer tema es el de *la toma de decisiones* que llevan a las uniones o a su fin, por parte del varón, de la mujer, de los padres u otros parientes de ambos.⁹ Varios indicadores son fáciles de observar, como la intensidad y la edad a las uniones, la diferencia de edades entre los cónyuges, las diferencias de pertenencias sociales entre ellos (escolaridad, estatus social, raza, religión, estatus

⁹ V. Hertrich hizo una encuesta biográfica en Mali con preguntas detalladas sobre este proceso, presentada en el Congreso Internacional de la UIESP, Bahía, 2001.

migratorio), el tipo de uniones (consensuales o legales, civiles o religiosas, monogámicas o poligámicas), las interrupciones de uniones. En este rubro destaca por ejemplo la toma de responsabilidades o al contrario el abandono masculino del hogar, el cuidado de los hijos después de una separación, la formación de uniones sucesivas, el papel de la jefatura femenina, la solidaridad entre las generaciones.

El divorcio puede ser visto de dos maneras: una, como reflejo de una deficiencia masculina (o femenina) frente a las obligaciones familiares, otra de manera positiva, como un proceso de *empoderamiento* femenino, cuando el divorcio se produce a petición de las mujeres, en signo de protesta ante condiciones inaceptables frente a hombres irresponsables o violentos.¹⁰ Es revelador justamente en América latina a la vez el nivel relativamente bajo del divorcio, muchas veces no legalizado, lo que se explica por el papel dependiente de las mujeres del punto de vista económico, legal y familiar,¹¹ y la tendencia reciente al alza de los divorcios, que podría reflejar una tendencia hacia una mayor autonomía femenina (Samuel; Sébille, 2003).

Otro tema tiene que ver con los recursos económicos de la familia. Por una parte está el tipo de *acceso a los recursos económicos*: si el hombre es proveedor exclusivo o no, la participación económica de las esposas del jefe, los hogares con jefas de hogar e hijos dependientes, las contribuciones económicas de otros miembros del hogar,¹² el poder de los padres o suegros,¹³ el recurso a la migraciones, a

remesas de migrantes internacionales, la seguridad social, las contribuciones de programas sociales,¹⁴ de vivienda, etc.

Pero el *control de los recursos* económicos es también un tema candente, ya que se observan casos entre mujeres de sectores pobres (como por ejemplo hijas jóvenes trabajadoras domésticas o de la maquila) obligadas a trabajar y a remitir al jefe de familia la totalidad de lo que ganan. Es una muestra de mayor autonomía el hecho de que la mujer trabajadora pueda disponer del dinero que ella gana, aunque generalmente lo utiliza en su totalidad para los gastos del hogar. El proceso de *decisiones sobre los gastos económicos* generalmente responde al patrón siguiente: los gastos cotidianos de la casa, de la comida, de los hijos, de salud son manejados (y muchas veces aportados en parte o en totalidad) por las mujeres; los gastos de alojamiento, bienes duraderos, enfermedades graves, educación, recreo, son decididos y considerados como responsabilidad de los hombres, si éste se encuentra presente (Duarte; Brea, 1999). Allí puede haber desigualdad y violencia o al contrario discusiones equilibradas dentro de la pareja y a veces con otros miembros de la familia (hijos, hijas, padres, hermanos, hermanas...).

La mayoría de los comportamientos enumerados se refieren a los procesos clásicos de la nupcialidad, aunque es necesario no olvidar *el tipo de relaciones conyugales*: desiguales o equitables, con armonía o discordia, decisiones compartidas o no, con o sin violencia doméstica, el tener que pedir permiso por parte de las mujeres, los roles por sexo frente al cuidado de los hijos, a la educación de los niños y niñas. El proceso de *socialización* en la infancia tiene una importancia primordial, ya que allí es donde se reproducen o al contrario cambian los modelos de roles masculinos y femeninos. Du-

cohabitantes con ella, que incluso explica una sobremortalidad infantil.

¹⁴ La proporción de los ingresos monetarios de los campesinos pobres alcanzada por la entrega de recursos por parte del programa *Progresá* puede ser considerable (Leonard, 2002).

¹⁰ La investigadora Fatou Dial estudia en estos términos el proceso de los divorcios en Senegal, en su tesis de doctorado de sociología dirigida por Martine Segalen en la Universidad de París X-Nanterre.

¹¹ Aunque a veces por no existir legalmente como en Argentina hasta hace poco o por ser reprimido por la Iglesia católica.

¹² Podemos mencionar las redes de apoyo y de solidaridad entre padres e hijos, entre hermanos, u otros parientes, las transmisiones patrimoniales, bajo cualquier forma (puede ser un jacal en un predio familiar) pero que son a veces fundamentales en las estrategias de sobre vivencia familiares.

¹³ Carlos Echarrí, en su tesis de doctorado de la Universidad de Lovaina, analizó con datos mexicanos (a nivel nacional) el poder de la suegra en parejas muy jóvenes

rante la infancia, la socialización se construye en las interacciones de los niños y niñas con sus padres, abuelos u otros adultos (maestros y maestras, padrinos y madras, por ejemplo). Durante la juventud, la socialización se construye en las interacciones con los otros jóvenes, hombres y mujeres. De allí la importancia del tema de la juventud y de su papel en los cambios sociales y culturales (Urrea, 2002; Marston, 2000). Como es ampliamente observado, un aumento en la escolarización de las mujeres contribuye a mejoras en el proceso de toma de decisiones (cuando la mujer es alfabeta, es capaz de tomar decisiones, se le respeta), a la autonomía femenina, y generalmente se produce un retraso en la entrada en uniones.

En resumen, al adoptar una perspectiva de género en el campo de la nupcialidad se introducen nuevas dimensiones: considerar los roles masculinos y femeninos en la vida familiar, la desigualdad entre los sexos, los parentescos, las generaciones; el proceso de toma de decisiones, el acceso y control de los recursos económicos, el grado de autonomía de mujeres y hombres;¹⁵ las representaciones de la feminidad y de la masculinidad, y por ende de la maternidad y paternidad, la socialización en la infancia y en la juventud, el clima familiar, el respeto mutuo, el estatus de la mujer.

Existen varios modelos de familia, que van desde un modelo patriarcal altamente desigual y autoritario hasta un modelo igualitario, aún muy poco representado en América latina. Los patrones de nupcialidad varían según la influencia de todas estas dimensiones, influyendo por lo tanto en la fecundidad. Basta recalcar que a pesar de muchas transformaciones estructurales socio-económicas y socio-políticas, no se puede concluir de los trabajos conocidos que las evoluciones hayan modificado en profundidad a las representaciones, que se mueven de manera asincrónica y bastante lenta (Ariza; Oliveira, 2001).

- *La infecundidad post-partum.* Pocos estudios abordan esta variable intermedia en América latina. Si bien la lactancia materna es un fenómeno evidentemente femenino y biológicamente natural, que distingue claramente a las mujeres de los hombres, no tiene mucho impacto en los niveles de fecundidad latinoamericanos, salvo algunas excepciones. En Africa, sin embargo, explica la mayor parte del espaciamiento de los nacimientos y, por lo tanto, de la limitación, en alguna medida, de las descendencias. Sobre todo, contribuye de manera importante a la sobrevivencia infantil y a la salud de las mujeres, al permitir algún receso entre los embarazos.

La perspectiva de género en relación a esta variable intermedia de la fecundidad se debe interesar a los derechos reproductivos y sexuales, a la salud reproductiva, al acceso libre y universal a los cuidados pre y post-natales, a la calidad de los servicios de salud, al respeto al cuerpo femenino y al cuidado hacia los lactantes, al respeto de las tradiciones y de la cultura en cuanto al embarazo, al parto y al puerperio. Intervienen aquí varias dimensiones, que se refieren al proceso de toma de decisiones, al acceso y control de recursos, a la información, educación y acceso a la salud reproductiva, a los derechos reproductivos y sexuales, a la violencia doméstica, a la libertad de movimientos (poder salir de la casa para ir al centro de salud por ejemplo, poder ver a un doctor aunque sea un hombre).

- *El aborto.* Este tema es primordial en los estudios de género, ya que representa una de las mayores evidencias de las desigualdades y vulnerabilidades femeninas. Se trata generalmente de una forma tradicional y muchas veces ilegal de evitar nacimientos no-deseados. Se produce en situaciones de carencia en materia de educación y de derechos reproductivos y sexuales, del acceso e información a los servicios de salud reproductiva, de violencia masculina real o simbólica. En muchos casos, es un problema preocupante de salud pública y un drama a nivel individual y familiar. La dominación del cuerpo

¹⁵ También hay que pensar en la autonomía masculina, que crece cuando la mujer contribuye económicamente al hogar.

de las mujeres por parte de los hombres,¹⁶ de su pareja, de las familias, de los servicios de salud, del Estado, de la Iglesia, se hacen evidentes en el tema del aborto ilegal en América latina. En los países en los que el aborto es legal, la persistencia de números elevados de éstos refleja una falta de información, acceso o de buen manejo de los métodos anticonceptivos, la vulnerabilidad de las mujeres, sobre todo en los dos extremos de la vida reproductiva (muchachas jóvenes solteras y mujeres maduras con muchos hijos), las carencias personales y sociales. La prohibición del aborto por la Iglesia y el Estado pone a las mujeres en situaciones muy difíciles frente a embarazos no deseados, a pesar del recurso cada vez más frecuente a los métodos anticonceptivos. En ausencia de aborto legal o posible, las familias tienen a su cargo el nacimiento y la crianza de estos niños no deseados y a veces abandonados.

- *La anticoncepción.* En esta variable intermedia, tenemos varias observaciones, ya que se diseñaron encuestas específicas par ver las relaciones entre los indicadores de género y el uso de métodos anticonceptivos. El trabajo de Irene Casique con la encuesta nacional de planificación familiar en México (ENAPLAF¹⁷) lleva a varios resultados interesantes. Por medio de los datos de esta encuesta, ella trató de evaluar las relaciones entre el uso de anticonceptivos por una parte, y por otra parte, la autonomía de las esposas y su participación en el proceso de toma de decisiones en la familia. La participación de la esposa en la toma de decisiones se mide por medio de las oportunidades que tiene de dar su opinión y de intervenir en las decisiones familiares. La autonomía de la esposa se define como sus posibilidades de tomar iniciativas y resoluciones sin tener que pedirle su acuerdo al cónyuge. Se estimaron dos indicadores como aproximación al nivel general de autonomía con respecto al esposo: un índice de poder de

decisiones por medio de cinco variables para cada mujer y un índice de autonomía de la mujer, por medio de nueve variables. Los resultados muestran que en promedio la mayoría de las mujeres mexicanas en unión toman sus decisiones conjuntamente con sus esposos pero que tienen indicadores bajos de autonomía (Casique, 2001).

Los resultados de este trabajo confirman que el *empoderamiento* femenino (en sus dos componentes de autonomía y de poder de decisión) tiene relaciones positivas con el uso de anticonceptivos en México, pero con efectos distintos. El índice de autonomía femenina tiene un mayor efecto sobre el uso de anticonceptivos y sobre la probabilidad de usar métodos modernos no-definitivos que el índice de poder de decisión. El acuerdo del marido sobre el uso de métodos anticonceptivos aumenta fundamentalmente su uso efectivo, salvo en los casos de mujeres con altos poderes de decisión y de autonomía. No se observa ninguna relación significativa entre los dos indicadores de *empoderamiento* y el uso de métodos definitivos (esterilización femenina), lo que puede significar que dependen de factores exteriores a la familia como la oferta de los programas médicos de salud reproductiva.

Por fin, la proporción de mujeres que presenta una demanda insatisfecha de anticoncepción, o sea que ya no quiere tener más hijos pero que no usa métodos anticonceptivos, se explica a la vez por la oposición del marido al control natal y por la ignorancia de las mujeres con respecto a los métodos anticonceptivos. Pero la demanda insatisfecha se reduce de manera significativa cuando aumenta el *empoderamiento* femenino (Casique, 2001).

Como lo escribe Paulina Makinwa-Adebusoye, tanto los indicadores que se refieren a la anticoncepción, como los que se refieren al *empoderamiento*, son complejos, multidimensionales y hay que usar diferentes indicadores. La aceptación del uso anticonceptivo por parte del marido y la discusión en el seno de la pareja influyen más sobre el uso

¹⁶ En casos de violación o de incesto, que no son poco frecuentes.

¹⁷ Encuesta nacional de Planificación familiar de 1995.

del control natal que las preferencias de las mujeres en cuanto al número de hijos o la demanda insatisfecha en Nigeria y en África del Oeste (Kritz; Makinwa-Adebusoye, 2001; Andro; Hertrich, 2001). O sea que el uso anticonceptivo en estos países africanos es asunto casi exclusivo del marido y la mujer no puede proponer sus preferencias si él no está de acuerdo.

En cambio, en México, el uso de la planificación familiar tiene que ver por una parte con la opinión del marido y la discusión entre los esposos, pero además tiene mucho que ver con el grado de autonomía de las mujeres, que les permita expresar sus preferencias y opiniones. La oferta de planificación familiar es además muy accesible y allí pueden encontrar la información y atención que necesitan.

EL MODELO DE COALE EN UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Para completar el marco conceptual de las variables intermedias de la fecundidad, un modelo de análisis de los cambios en la fecundidad ha sido desarrollado por Ansley Coale y revisitado más recientemente por Laesthaeghe y Vanderhoeft (1999). Se trata del modelo RWA, donde R se refiere a *readiness*, W a *willingness*, A a *ability*, tres dimensiones que tienen que evolucionar para que haya cambio en los patrones de fecundidad. Se trata de una teoría completa del cambio de fecundidad y se integran en ella tanto los factores económicos como los socio-culturales (Laesthaeghe; Vanderhoeft, 1999).

El factor “*readiness*” trata de las ventajas del “actor”, es decir se refiere a las ventajas micro-económicas y de costo-beneficio de la reducción de la fecundidad a nivel individual y familiar. “*willingness*” se refiere a la aceptación normativa y a la legitimidad de un cambio de comportamiento. “*ability*” se refiere al acceso a las innovaciones y a la oferta de servicios.

Se pueden completar estos tres aspectos con una perspectiva de género. En el campo de

“*readiness*”, los cambios en las representaciones y roles de género se pueden producir, separadamente o de manera conjunta, entre los hombres y las mujeres. El costo de los hijos o la carga en términos de salud, de tiempo y de aspiraciones que representan las familias numerosas llevan generalmente a las mujeres a ser las primeras en querer menos hijos. Por ejemplo, las mujeres latinoamericanas desean limitar el número de sus hijos porque son pobres, están cansadas o quieren ganar dinero fuera del tiempo dedicado al trabajo doméstico, y por ende, teniendo menos hijos. Los hombres latinoamericanos, como lo hemos visto al estudiar el *maltusianismo de pobreza* (Cosío-Zavala, 1999), también quieren limitar el tamaño de sus familias por el costo de los hijos en un contexto de crisis económicas recurrentes, de desempleo y de pobreza.

En cuanto al factor “*willingness*”, la legitimidad del uso de la anticoncepción ya existe en la mayoría de los países latinoamericanos, tanto para las mujeres como para los hombres. El papel de los programas de planificación familiar en las últimas décadas ha sido muy importante para lograrlo, así como el de los programas de IEC, llevando la información, educación y la comunicación social a una amplia difusión del uso de anticonceptivos. Las redes interpersonales de comunicación social han apoyado a este movimiento continental y mundial de difusión (Bongaarts; Cotts-Watkins, 1996).

El factor “*ability*” depende mucho del poder de decisión y de la autonomía de las mujeres, o sea de su *empoderamiento*. De hecho, tener acceso a los servicios de salud reproductiva y a los métodos anticonceptivos necesita el acuerdo del esposo, eventualmente su permiso, el conocimiento de dónde y cómo obtener los métodos, la libertad de movimiento para ir a conseguirlos. En el caso mexicano, el trabajo de Irene Casique (2001) muestra la relación positiva entre el *empoderamiento* de las mujeres y el acceso a la anticoncepción.

Se puede concluir que no basta con la existencia de una demanda real de anticoncepción

por parte de las mujeres y de los hombres (*readiness*), con que exista una buena aceptación social de la planificación familiar (*willingness*) o un programa de oferta de servicios de salud a su alcance (*ability*), sino que la calidad de los servicios también es importante para que sean usados y eficientes, ya que servicios mal adaptados a las necesidades de las familias no tendrán resultados suficientes. Pero, además, se obtendrán los mejores resultados si existe el respeto hacia las mujeres, un estatus femenino más elevado, la garantía de un trato equitativo entre los sexos y un mayor *empoderamiento* femenino en sus dos dimensiones (autonomía, poder de decisión). Es preocupante la falta de información y de servicios dirigidos a las mujeres jóvenes (y en menor medida) a los varones jóvenes, ya que el acercamiento a los servicios de salud reproductiva muchas veces siguen reservados a las mujeres unidas con al menos un hijo. Es una prueba del muy bajo estatus de las mujeres jóvenes solteras en cuanto a su rol sexual y familiar, altamente dependiente.

UN EJEMPLO MEXICANO DE TENDENCIAS DE LA FECUNDIDAD CON UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Pocas bases de datos permiten observar las diferentes dimensiones de las variables intermedias de la fecundidad con una perspectiva de género, a falta de encuestas *ad hoc*. En México, existe una encuesta biográfica nacional, la EDER (Encuesta Demográfica Retrospectiva) que proporciona algunos datos que presentamos a continuación. La EDER es una encuesta representativa a nivel nacional en 1998, y tiene la particularidad de proporcionar, año por año, las historias de vida de 2.496 individuos, con 171 variables, en particular sobre las uniones, la vida familiar, los hijos y el uso de anticonceptivos. La EDER proporciona datos sobre la fecundidad de los hombres por primera vez en México.

Se observan tres grupos de generaciones. El primer grupo nació entre 1936 y 1938 y ya había

terminado de tener a todos sus hijos en el momento de la encuesta. Lo calificamos de grupo “de edad avanzada”. Este grupo de generaciones, es clave para el inicio de la transición de la fecundidad mexicana, es un grupo pionero de esa transición. El segundo grupo de generaciones nació entre 1951 y 1953. Es el grupo “intermedio”, generaciones claramente transicionales. Por fin, el grupo “jóven” nació entre 1966 y 1968, ya vivió el inicio de su vida fértil en un contexto de fecundidad controlada y además vivió la crisis económica desde las etapas iniciales de su formación familiar y se tuvo que adaptar a los cambios económicos más recientes. Los observamos solamente hasta los 30 años de edad, pero es una edad suficiente para analizar su entrada a la vida adulta, primer trabajo, primera migración, primera unión y primer hijo, ya que se viven generalmente todas estas etapas antes de los 30 años de edad.

Tendencias de la fecundidad

Medimos las tasas específicas de fecundidad masculina y femenina en los tres grupos de generaciones nacidas en 1936-38, 1951-53 y 1966-68. Por lo tanto son tasas específicas anuales longitudinales. Muestran la reducción de la fecundidad entre las generaciones, donde se presentan menores variaciones en las edades jóvenes, ya que el control de los nacimientos interviene claramente al final de la vida reproductiva, pero cada vez a edades más tempranas. Se muestra un ejemplo, en las Gráficas 1 a 4, la evolución de las tasas específicas de fecundidad masculinas y femeninas, urbanas y rurales (Zavala de Cosío, 2003).

La nupcialidad

Según el trabajo de Samuel y Sebillé¹⁸ a partir de la EDER, la nupcialidad mexicana no ha

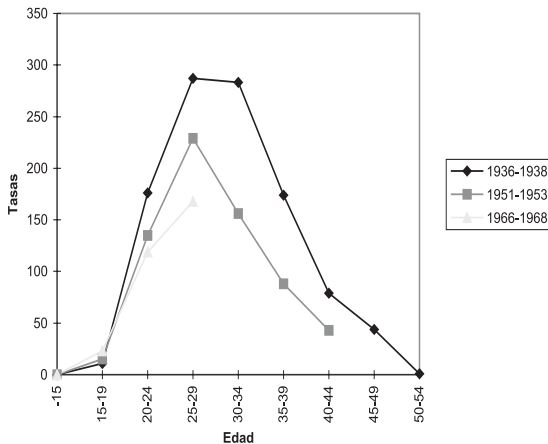
¹⁸ Este párrafo presenta un resumen de las principales conclusiones de este trabajo, en base a largas citas de éste.

experimentado cambios espectaculares en las últimas décadas: la proporción de mujeres en unión a los 30 años de edad se sitúa entre 75 % y 91 %. A los 35 años de edad, 90 % de los hombres están unidos. Se observa un aumento notable de la nupcialidad legal y al mismo tiempo de las uniones libres (que pasan de 7.6% a 18.7% entre las generaciones femeninas 1936-38 y 1966-68), pero en las generaciones más recientes todavía no se han legalizado todas las uniones que llegarán a hacerlo. Las uniones consensuales son un fenómeno antiguo, tradicional y popular en México en el inicio de la vida conyugal.

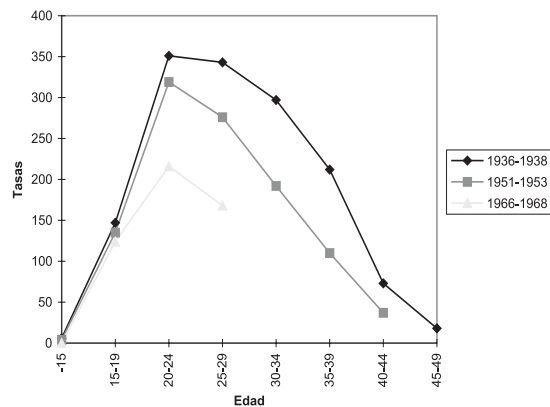
En las zonas rurales, permanece estable la edad de entrada a la primera unión, tanto para los

hombres como para las mujeres, pero se observa un rejuvenecimiento en las ciudades entre los hombres de las generaciones más jóvenes. Al revés, las primeras uniones femeninas se celebran cada vez más tardíamente entre las mujeres urbanas, con una mujer de cada dos soltera a los 18 años en el grupo de generaciones 1936-38, proporción que llega a un 70% en el caso de las generaciones 1966-68. La edad mediana a la primera unión de las mujeres urbanas pasa sucesivamente de 19 a 20 años en las generaciones 1936-38 a 1951-53, y luego a los 21 años en las generaciones 1966-68. Por lo tanto, el rejuvenecimiento de las uniones masculinas y el envejecimiento de las uniones femeninas favorecen una reducción en las diferen-

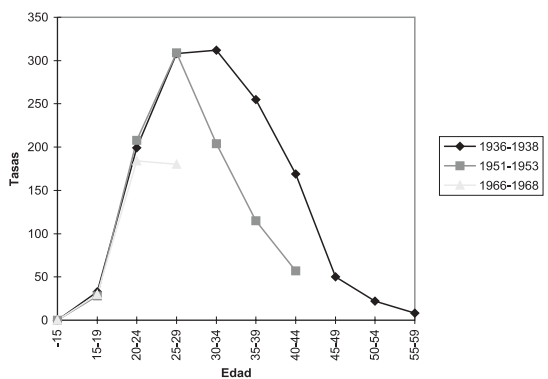
Gráfica 1 - Hombres urbanos. Tasas específicas de fecundidad según edades y generaciones



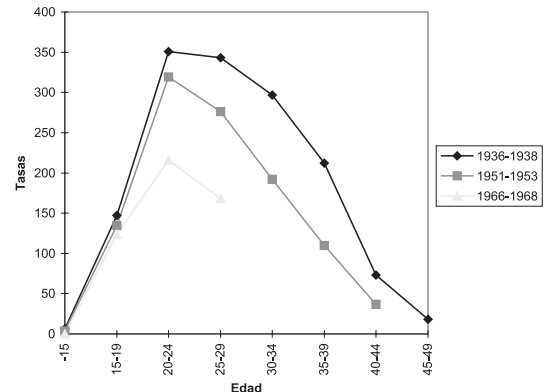
Gráfica 2 - Mujeres urbanas. Tasas específicas de fecundidad según edades y generaciones



Gráfica 3. Hombres rurales. Tasas específicas de fecundidad según edades y generaciones



Gráfica 4. Mujeres rurales. Tasas específicas de fecundidad según edades y generaciones



cias de edades entre los cónyuges.

Los autores explican que:

... el aumento en los años de escolarización constituye uno de los principales factores del retraso en la edad al matrimonio en México; las nuevas aspiraciones femeninas en términos de educación, de empleo y de vida familiar después de un período largo de escolarización, llevan a las mujeres a postergar el inicio de la vida conyugal. En las generaciones más jóvenes, la ruptura con el esquema tradicional de unión precoz, que excluye otra actividad extra-doméstica, parece vislumbrarse, principalmente en las ciudades de más de 15.000 habitantes. Por el contrario, pocos elementos han permitido explicar la estabilidad o el rejuvenecimiento en la edad al matrimonio entre los hombres. La transición al empleo urbano asalariado, que se acompaña para muchos hombres de un relajamiento en las prescripciones relativas al matrimonio, particularmente en lo que se refiere al imperativo de un trabajo estable antes de la unión, podría explicar este rejuvenecimiento... Las parejas con edades próximas, ¿son más igualitarias en sus relaciones conyugales? Esta es una hipótesis que se postula a menudo, pero que los datos disponibles nos impiden verificar. No obstante, es probable que los cambios que atraviesan las mujeres matrimonio más tardío, creciente nivel de educación, mayor acceso al mercado de trabajo, disminución del número de hijos y reducción de la diferencia de edades entre los cónyuges, favorezcan relaciones que atenuan la dominación masculina.

Con los datos de la EDER, se observa una duplicación de la proporción de mujeres separadas (en menor medida, divorciadas¹⁹), entre las generaciones más antiguas y las jóvenes, pasando de 5% a 10% en los primeros cinco años de unión, y de 8% a 16% al cabo de diez años de unión (Tabla 1).

¿Cuáles son las mujeres más propensas a las rupturas de sus uniones por separación o divorcio? Para responder a esta pregunta Samuel y Sébille construyeron un modelo de regresiones logísticas en tiempo discreto (Tabla 2). Se observa un riesgo creciente de ruptura de unión en las generaciones más jóvenes (Modelo 1). La única variable comparable entre el modelo general y los modelos por generaciones es el tiempo transcurrido desde la entrada en unión, con un

riesgo de disolución decreciente a lo largo del tiempo: las uniones las más frágiles resisten poco tiempo. Según los resultados de la EDER, los matrimonios precoces estarían asociados a un riesgo mayor de disolución y las uniones más tardías reflejarían una elección conyugal más individual y planificada, favoreciendo un fuerte consenso conyugal. Un nivel de estudios más elevado, asociado a una edad más tardía al matrimonio, lleva a una elección conyugal más individual y a la formación de parejas más sólidas. Por otra parte, las mujeres tienen más posibilidades de interrumpir una unión que no responde a sus expectativas. Sin embargo, el número de años pasados en el sistema escolar no es significativo en el modelo, salvo para las generaciones jóvenes (1966-68) en las que el riesgo de ruptura aumenta entre las mujeres que estuvieron al menos 7 años en la escuela. ¿Lleva la escolaridad a una mayor autonomía de las mujeres? Se tiene que responder con precauciones, ya que la relación es válida sólo para las generaciones más jóvenes y, por otro lado, la actividad económica, otro factor de autonomía, tiene un efecto neutro sobre estas generaciones (Tabla 2).

Durante la primera unión, la coresidencia de la mujer con su cónyuge y al menos uno de sus padres es la variable que afecta más fuertemente al modelo general y al de las generaciones 1966-68. Esta variable (coresidencia) está asociada a un riesgo más elevado de ruptura en comparación a las parejas que nunca vivieron este tipo de arreglo familiar. Resulta difícil juzgar si este tipo de cohabitación aumenta el riesgo de disolución a causa de conflictos familiares más pronunciados, por ejemplo entre suegros y yerno, o más bien si este tipo de residencia es adoptado porque la pareja se encuentra, desde el comienzo, en situación de fragilidad y(o) de vulnerabilidad económica, que les impide instalarse de manera independiente. El carácter atípico de esta forma de cohabitación (8% de las parejas) involucraría una elección forzada.

Finalmente, la autonomía de las mujeres se puede medir indirectamente, en cuanto al acceso a recursos económicos. Se integró al modelo el

¹⁹ Se cuenta alrededor de una mujer divorciada por cada cinco separadas.

número acumulado de empleos hasta el momento de la separación (o el final de la observación) para saber si el acceso de las mujeres al trabajo, al brindar alguna autonomía, incrementa los riesgos de ruptura de unión. Los resultados del modelo general (Modelo 1) muestran que la actividad económica influye positivamente sobre los riesgos de disolución. Trabajar a lo largo de la vida aumenta considerablemente la probabilidad de una separación conyugal, y mucho más entre aquellas que ocuparon al menos dos empleos. En las dos primeras generaciones, las mujeres con un empleo reenumerado, en épocas en que la gran mayoría de las mujeres no trabajaban, se vieron más fácilmente confrontadas a una separación conyugal. ¿Separación deseada y asumida por estas mujeres, gracias a la acumulación de recursos propios y al aumento de sus posibilidades de empleo? o ¿Separación provocada por conflictos conyugales

relacionados al trabajo o a la autonomía femenina?

Entre las mujeres de las generaciones jóvenes ya no se observa esta relación, lo que se puede explicar al tomar en cuenta varios elementos: estas mujeres jóvenes tienen en promedio menos hijos y un nivel de educación más elevado, y sus perspectivas de empleo son mayores en función de una calificación más elevada. Además, el aumento de los divorcios y de las separaciones ha atenuado la presión social en contra de las disoluciones de uniones, llevando a una mayor aceptación y ayuda por parte de la familia de las madres separadas, facilitando las separaciones y sus consecuencias. Por lo tanto, es menos indispensable una integración al mercado de trabajo antes de una eventual separación.

Las evoluciones paulatinas de la nupcialidad mexicana aparecen como una de las consecuencias de cambios en las relaciones de género, en la

Tabla 1 - Evolución de la primera unión según el tiempo transcurrido desde el momento de la unión, por sexo y grupos de generaciones

Tiempo transcurrido desde el momento de la unión	Generaciones de mujeres			Generaciones de hombres		
	1936-38	1951-53	1966-68	1936-38	1951-53	1966-68
5 años						
Efectivos	365	414	327	362	354	266
Unión en curso	94.5	88.7	88.6	95.0	94.5	93.1
Separación/divorcio	5.0	9.0	10.0	4.8	5.1	6.9
Viudez	-	-	-	-	-	-
10 años						
Efectivos	365	411	245	362	347	155
Unión en curso	87.5	85.8	82.0	89.6	90.9	86.0
Separación / divorcio	8.8	11.4	16.1	8.2	6.4	14.0
Viudez	-	-	-	-	-	-
15 años						
Efectivos	365	402	74	359	339	20
Unión en curso	83.7	83.4	75.4	88.2	88.2	73.1
Separación / divorcio	10.0	13.1	17.9	9.6	8.7	-
Viudez	6.3	3.5	-	-	-	-

Fuente: Samuel; Sebille, 2003 (Datos de la EDER98)
 (-) menos de 10 individuos

Tabla 2 - Disolución de uniones femeninas por separación o divorcio. Regresión logística en tiempo discreto - Relaciones de riesgos (odds ratio)

VARIABLES explicativas	Modelo 1 Población total	Modelo 2 Generaciones 1936-38	Modelo 3 Generaciones 1951-53	Modelo 4 Generaciones 1966-68
Tiempo transcurrido desde el momento de la unión (1)	0.96***	0.97**	0.96**	0.92*
Grupo de generaciones				
1936-38	ref.			
1951-53	1.47**			
1966-68	1.75**			
Edad a la primera unión				
12-17 años	ref.	ref.	ref.	ref.
18-20 años	0.62***	0.72	0.43***	0.73
21 años y más	0.53***	0.70	0.45**	0.46**
Número de hijos (2)				
0 a 1	1.52	1.91	1.10	1.17
2 a 4	1.35	2.16**	1.07	1.09
5 y más	réf	Réf	réf	réf
Corresidencia con los padres (2)				
Sin coresidencia	ref.	ref.	ref.	ref.
Con coresidencia	3.22***	1.67	3.53***	5.82***
Número de años de estudio				
0 a 2	réf	Réf	réf	réf
3 a 5	1.07	1.08	0.82	3.26
6	1.06	0.77	1.03	3.89
7 y más	1.14	1.22	0.77	4.47**
Número de empleos (2)				
Ninguno	ref.	ref.	ref.	ref.
Uno	1.78***	1.76	2.61***	1.14
Dos y más	2.30***	3.05***	3.74***	1.03
Observaciones (años persona)				
Log likelihood	-1023.1526	-327.0723	-416.245	-263.903
Grados de libertad	14	12	12	12

Fuente : Samuel; Seville, 2003 (Datos de la EDER 1998)

(***) Nivel de significación de 1% (**) Nivel de significación de 5% (*) Nivel de significación de 10%

(1) Variable continua.

(2) Variables con valores cambiantes en el tiempo. considerada aquí entre el inicio de la unión y el fin de la observación (separación o fecha de la encuesta. viudez)

dominación masculina, en el estatus de las de trabajo. Son también evidencias de la probable mujeres, en el acceso a la escolaridad y al mercado emergencia de un nuevo “contrato conyugal”, con

implicaciones y obligaciones del matrimonio menos autoritarias y relaciones menos desiguales entre los cónyuges (Samuel; Sébille, 2003).

El uso de métodos anticonceptivos

La encuesta EDER tiene la peculiaridad y ventaja de presentar historias completas de uso anticonceptivo, año por año, que permiten analizar trayectorias anticonceptivas: edad al primer uso, tipo de unión, duraciones de la unión y número de hijos, en el momento del primer uso y de los siguientes, secuencias anticonceptivas, número de métodos usados, tipo de métodos. Todas estas secuencias de las trayectorias de uso anticonceptivo se ponen en relación con las características de las mujeres y de su cónyuge (Brugeilles, 2003). Estas características se observan año por año y por lo tanto se controlan sus variaciones a lo largo de la vida, lo que permite relacionar uso anticonceptivo y cambios sociales.

Destacan claramente de los análisis de la EDER los resultados siguientes:

- Ha progresado mucho la prevalencia del uso de métodos anticonceptivos, concentrado en métodos modernos: a los 45 años de edad, una proporción de 15.2% entre las generaciones femeninas nacidas en 1936-38 y de 57.9% de las nacidas en 1951-53 usaron un método anticonceptivo alguna vez en su vida reproductiva. A los 30 años de edad, 63.4% de las mujeres nacidas en 1966-68 ya habían empezado a usar un método anticonceptivo.
- Se confirma la existencia de dos pautas de uso de métodos anticonceptivos en México, el de las mujeres que hemos llamado “pioneras”, que empezaron a usar, sobre todo la píldora, desde los años 1960, veinte años antes de que empezara el programa nacional de planificación familiar. Eran mujeres más *empoderadas* (urbanas, educadas) que la mayoría de la población en ese entonces. El otro tipo de mujeres, rurales, menos educadas, empezó después, a edades mayores, con más hijos y métodos proporciona-

dos por los servicios públicos de salud (DIU, esterilización femenina).

Sin embargo, el estatus de las mujeres mexicanas sigue siendo bastante dependiente en cuanto al uso de anticonceptivos: los usan casi exclusivamente mujeres unidas, ya que no es todavía socialmente aceptado que usen anticonceptivos las mujeres solteras sin pareja conviviente; de allí los problemas de alta fecundidad adolescente. Las edades al primer uso están rejuveneciéndose, sobre todo entre las mujeres educadas y urbanas, pero casi siempre las mujeres empiezan cuando ya tienen al menos un hijo. Las trayectorias anticonceptivas, predominantemente continuas, son bastante simples: un método o dos a lo largo de la vida, siendo los más frecuentes: píldora, DIU, esterilización femenina. Cuando intervienen dos métodos, el primero es la píldora o el DIU, el segundo la esterilización femenina. El DIU se usa cada vez más.

Con respecto al conjunto de las mujeres, la proporción de esterilizadas es una minoría: 6.1% de las generaciones avanzadas, 32.0% de las intermedias, pero representan respectivamente 39.8% y 55.3% entre las usuarias. En todas las generaciones, las mujeres urbanas se esterilizan más y a edades menores que las rurales. Entre las mujeres esterilizadas nacidas en 1936-38, el 73% se esterilizó *después* de los 35 años de edad, mientras que el 67% lo hizo *antes* de los 35 años de edad entre las mujeres esterilizadas nacidas en 1951-53.

Sigue siendo marginal el uso del preservativo, a pesar del SIDA. La responsabilidad del control de los nacimientos es casi exclusivamente una responsabilidad femenina.

A MANERA DE CONCLUSIONES

Los derechos reproductivos y sexuales, el estatus y el *empoderamiento* de las mujeres han evolucionado e influido en la fecundidad latinoamericana. Ya se han observado algunos elementos de estas transformaciones, pero de manera

parcial, fragmentada, heterogénea. Ya es tiempo de conocer más detalladamente estos procesos y sus interrelaciones, de manera organizada y coherente.

Para este objetivo, proponemos llevar a cabo encuestas biográficas, del tipo de la EDER mexicana, con historias de vida que examinen detalladamente los principales componentes de los sistemas de género en el campo de la familia y de la reproducción. Es importante llevarlas a cabo en poblaciones jóvenes, las más representativas de la evoluciones en curso. Este es nuestro proyecto para investigaciones futuras.

(Recibido para publicação em março de 2005)
(Aceito em abril de 2005)

REFERÊNCIAS

- ANDRO, A.; HERTRICH, V. La demande contraceptive au Sahel: les attentes des hommes se rapprochent-elles de celles de leurs épouse? *Population*, [S.l.], n.5, sept./oct., p. 721-771, 2001.
- ARIZA, M.; DE OLIVEIRA, O. Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México. In: COSÍO-ZAVALA, M.E.; COUBÈS, M.L.; ZENTENO, R. (Coords.). *Cambio demográfico y social en México en el siglo XX, un estudio demográfico de historias de vida*. México: 2003 (en prensa).
- BONGAARTS, J.; COTTS-WATKINS, S. Social interaction in contemporary fertility transition. *Population and Development Review*, [S.l.], v.22, n. 4, dec., p. 639-682, 1996.
- BRUGELLES, C. Evolución de la práctica anticonceptiva: la experiencia de tres generaciones de mujeres. In: COSÍO-ZAVALA, M.E.; COUBÈS, M.L.; ZENTENO, R. (Coords.). *Cambio demográfico y social en México en el siglo XX, un estudio demográfico de historias de vida*. México: 2003 (en prensa).
- CASIQUE, I. Women's autonomy and power and use of contraception in Mexico: What difference does it make? In: GENERAL POPULATION CONFERENCE, 24, Salvador, Brazil, IUSSP, 18-24 aug. 2001.
- COSÍO-ZAVALA, M.E. Demographic Transition and social development in low-income countries. *Population Growth and Demographic Structure*, New York, UN, ST/ESA/SER.R/132, 1999. p.91-98.
- _____. Examining changes in the status of women and gender as predictors of fertility change issues in intermediate-fertility countries. In: INTERNATIONAL SEMINAR ON FERTILITY TRENDS IN INTERMEDIATE COUNTRIES, New York, United Nations, mar. 2002.
- _____. Las tendencias de la fecundidad en los tres grupos de generaciones, urbanas y rurales según el sexo. In: COSÍO-ZAVALA, M.E.; COUBÈS, M.L.; ZENTENO, R. (Coords.). *Cambio demográfico y social en México en el siglo XX, un estudio demográfico de historias de vida*. México: 2003 (en prensa).
- DE OLIVEIRA, M.C. Some remarks on family as a mechanism of social protection in Brasil. In: WOMEN'S status and family dynamics. Paris: CICRED, 2000. p. 109-119.
- DUARTE, I.; BREA, R. *Entre la calle y la casa, las mujeres dominicanas y la cultura política a finales del siglo XX*, [S.l.], Profamilia, Participación ciudadana, USAID, 1999, 168 p.
- GARCIA, B.; DE OLIVEIRA, O. Fatherhood among middle and low income sectors of Urban. In: GENERAL POPULATION CONFERENCE, 24, Salvador, Brazil, IUSSP, 18-24 aug. 2001.
- KRITZ, M.; MAKINWA-ADEBUSOYE, P. A couple agreement on wife's autonomy and reproductive dynamics in Nigeria. In: GENERAL POPULATION CONFERENCE, 24, Salvador, Brazil, IUSSP, 18-24 aug. 2001.
- LESTHAEGE, R.; VANDERHOEFT, C. Conceptualisation des transitions vers de nouvelles formes de paragement, *Actes de la Chaire Quetelet 1997 - Théories, paradigmes et courants explicatifs en démographie*. Louvain-la-Neuve, 1999. p. 279-306.
- MARQUES PEREIRA, B. Trois décennies de mobilisations féminines et féministes en Amérique Latine: une évaluation des gains, des limites et des futurs enjeux de l'action collective des femmes. *Cahiers des Amériques Latines*, Paris, n. 39, 2002.
- MASON, K. *et al.* Determinants of women's power and autonomy in five Asian Countries. Paper presented to the ANNUAL MEETING OF THE POPULATION ASSOCIATION OF AMERICA - April. San Francisco (USA), 1995.
- MASON, K. O. Gender and demographic change: What do we know? In: G.W. Jones *et al.* (Eds.) *The continuing demographic transition*. Oxford: Clarendon Press, 1997. p. 158-182.
- MASON, K. O.; SMITH, H. L. Husbands' versus wives' fertility goals and use of contraception: The influence of gender context in five Asian Countries. *Demography*, [S.l.], v. 37, n. 3, p. 299-311, 2000.
- PRESSER, H. Demography, feminism and science – policy nexus. *Population and Development Review*, [S.l.], v.2, june, p. 295-332, 1997.
- SAMUEL, O.; SEBILLE, P. La nupcialidad en movimiento. In: COSÍO-ZAVALA, M.E.; COUBÈS, M.L.; ZENTENO, R. (Coords.). *Cambio demográfico y social en México en el siglo XX, un estudio demográfico de historias de vida*. México: 2003 (en prensa).
- SATHAR, Z.; CALLUM, C.; JEJEEBHOY, S. Gender, religion and reproductive behaviour in India and Pakistan. In: GENERAL POPULATION CONFERENCE, 24, Salvador, Brazil, IUSSP, 18-24 aug. 2001.
- TUIRÁN, R. Transición demográfica, curso de vida y pobreza en México. In: LA FECUNDIDAD en condiciones de pobreza: una visión internacional. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 2002. p. 119-167.
- VILLAREAL, M.; DUGUERNY, J. *Gender and development: why do we still have problems in population programmes after all these years?* [S.l.], FAO, 1999. 6p.